

DE VOCACIÓN, COLECTIVERO... EL ESPACIO DE TRABAJO
EN LA CONSTRUCCIÓN DEL SENTIDO DE LA PROPIA EXISTENCIA.
EL CASO DE LA COOPERATIVA CONFORTABLE

Cintia Weckesser, María Magdalena Doyle y María Julieta Capdevielle
Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)
mmdmagda@yahoo.com.ar

Resumen

Este estudio de caso se centró en el proceso llevado adelante por ex trabajadores del transporte que fueron despedidos y buscaron recuperar su fuente de trabajo creando una cooperativa. Dicho proceso fue pensado como un “espacio intermedio” que se inauguró a partir de la crisis que irrumpió en la vida de estos sujetos cuando fueron despojados de su fuente de trabajo. A lo largo del análisis se buscó comprender la tensión entre las anteriores identidades laborales y las nuevas estructuras sociales, en las cuales dichas identidades ya no tenían punto de asidero. Se abordó dicho proceso de tensión a partir del análisis de los discursos y las prácticas que este grupo de personas desplegó en el marco de una “estrategia” tendiente a la recuperación de la fuente laboral.

Palabras clave: trabajo – identidad - comunicación.

Introducción

El presente es un estudio de caso cuya unidad de análisis es la Cooperativa Confortable. Esta organización se enmarca en el fenómeno de las empresas recuperadas que surgió en Argentina como consecuencia de una crisis económica política y social, que puso a muchos individuos frente a la necesidad de relacionarse con nuevos espacios de poder y esferas de negociación y confrontación a fin de satisfacer sus necesidades y hacer valer los derechos individuales y colectivos que el Estado ya no respalda. En el marco de este fenómeno y de la crisis del sistema de transporte en la ciudad de Córdoba, este grupo de 127 ex empleados del sector llevó a cabo un proceso de recuperación de la fuente laboral a través de la creación de la cooperativa de trabajo Confortable, a fin de brindar un servicio diferencial de transporte urbano en esta capital.

La perspectiva de análisis y categorías fundamentales

En esta investigación entendemos, siguiendo a Meda (1998), que el trabajo sigue siendo un espacio de integración social, un vínculo social fundamental, ya que en la sociedad actual los sujetos se definen al interior de la misma en función de su posición en la escala de producción: ello les da un estatus social, un capital simbólico que diferencia a un sector de otro, les otorga ciertas responsabilidades, les permite decir “esto soy” (Sennett, 2000). Ello está relacionado con entender al trabajo como un espacio de interlocución, de producción de sentidos compartidos, lugar de conformación de un “nosotros” distinto de “otros”.

Para abordar la manera en que se producen los procesos de construcción de sentidos y específicamente los procesos de configuración de la identidad desde los cuales cobran sentido las prácticas al interior de los espacios de trabajo, nos situamos desde la perspectiva comunicación / cultura. Siguiendo a Schmucler (1997), en la relación entre ambas categorías “la barra acepta la distinción pero anuncia la imposibilidad de un tratamiento por separado”. Este abordaje se enmarca en aquella corriente de pensamiento que retoma las conceptualizaciones y análisis de los Estudios Culturales ingleses, esencialmente de Williams. El autor define a la cultura como un “sistema signifiante realizado” (Williams, 1982, 194), como los modos y las prácticas con que la sociedad confiere sentido a sus experiencias y reflexiona sobre ellas. Como tal, la cultura forma parte de todos los otros sistemas sociales, está imbricada en ellos como su dimensión signifiante, constituyendo las matrices culturales que organizan el sentido en un momento histórico dado. Así concebidas, las prácticas culturales (de construcción de sentido) no están subordinadas a las demás prácticas sino que son parte constitutiva de ellas (1).

Desde esta perspectiva, se considera que la comunicación, pensada como el proceso sociocultural básico de producción de sentido, no puede ser pensada al margen de la cultura y viceversa. Por esta razón se apunta a comprender los procesos de apropiación, negociación, intercambios y resignificación de sentidos. Es decir, se asume la naturaleza negociada y transaccional de toda comunicación y en este sentido se recupera al “sujeto” a partir de reconocer su autonomía aunque en tensión con la heteronomía en la que se enmarcan los procesos de producción de sentidos. Así, desde esta perspectiva se vuelve la mirada hacia los problemas del sujeto pero no “en tanto que esencia natural o divina, fija o dinámica, sino como al conjunto de disposiciones específicas que en un cierto corte de análisis de los procesos históricos contribuye de un modo o de otro a su

emergencia y a su definición” (Caletti, 2000, 44-45).

Del mismo modo que se entiende que la cultura es indisociable de la comunicación, en esta investigación partimos de entender que la identidad, como el universo de sentidos en el cual los sujetos se definen a sí mismos y orientan sus prácticas, no puede ser pensada aislándola de los procesos de interacción en los cuales se define y redefine dicho universo. Al mismo tiempo, no puede hablarse de la comunicación como una abstracción, sino de procesos de interacción entre sujetos histórica, social y culturalmente situados: sujetos de identidad (Grimson, 2000).

Para relacionar estas afirmaciones con la problemática de esta investigación es necesario remarcar que partimos de reconocer al ámbito de trabajo, en tanto *espacio de interlocución*, como un lugar central en el que dichos procesos se desarrollan. Un campo de interlocución es un marco dentro del cual ciertos modos de identificación son posibles mientras que otros quedan excluidos. Al interior de dicho campo los actores y grupos se posicionan como parte del diálogo y conflicto con otros actores y grupos. A su vez, existe entre ellos una distribución desigual del poder en función de la cual se configuran los modos posibles de identificación, así como también se generan luchas por la definición del campo (Grimson, 2000).

Así, la problemática que guió esta investigación fue cómo funciona la identidad laboral de los sujetos, enmarcada en condiciones sociales específicas, en un proceso de recuperación de la fuente de trabajo. Esto implicó a) analizar el proceso de conformación de la organización, enmarcado en un contexto macroeconómico y macrosocial, b) analizar si existieron transformaciones y/o continuidades en el modo en que los sujetos se definían a sí mismos al insertarse en un proyecto de recuperación de la fuente laboral y c) analizar si se produjeron transformaciones y/o continuidades en las prácticas que los sujetos desarrollaron al conformar esta cooperativa.

Identificar transformaciones y/o continuidades en los discursos y prácticas nos permitió entender el modo de funcionamiento de la identidad, en un contexto sociohistórico específico, en este proceso de recuperación de la fuente laboral. Es decir, comprender cómo se desarrolló en dicho proceso la tensión entre esa identidad forjada en una empresa y la nueva situación en la que se hallaban.

Para esto, fueron importantes los planteos de Reguillo Cruz (1996) cuya producción nos orientó a pensar este proceso como un “espacio intermedio” que se inauguró a partir de la crisis que irrumpió en la vida de estos sujetos cuando fueron despojados de su tradicional fuente de trabajo. Ese espacio se caracterizó por la tensión entre las identidades laborales -las definiciones de sí mismos que los sujetos configuraron, en interacción con otros, a lo largo de su trayectoria en el transporte- y las nuevas estructuras sociales, en las cuales dichas identidades ya no tenían punto de asidero. Abordamos este espacio de tensión a partir del análisis de los discursos y las prácticas que este grupo de personas desplegó en el marco de una “estrategia” tendiente a la recuperación de la fuente laboral: la conformación de la cooperativa Confortable. Aquí, pensamos a la “estrategia” desde la perspectiva de Bourdieu. Es decir, entendemos que en este “espacio intermedio” inaugurado a partir de un acontecimiento disruptivo los sujetos despliegan prácticas (2) que forman parte de una lucha por conservar o mejorar su situación dentro del campo social. Esta lucha no apunta sólo a salvaguardar las condiciones materiales de existencia previas a la crisis, sino también a permanecer en la posición que a lo largo de toda una vida les había permitido definirse a sí mismos al interior del espacio social. Retomando los planteos de Bourdieu, estas prácticas pueden definirse como “estrategias”, es decir como el “conjunto de prácticas fenomenalmente muy diferentes, por medio de las cuales los individuos y grupos tienden, de manera consciente o inconsciente, a conservar o a aumentar su patrimonio y correlativamente, a mantener o mejorar su posición” (Bourdieu, 1988a, 122; en Gutiérrez, 2005a, 52). Entendiendo las prácticas como estrategias, es posible comprender la manera en que las mismas se constituyen como una síntesis de la relación dialéctica entre las estructuras objetivas y la dimensión simbólica (3). Las estrategias no están completamente determinadas por factores estructurales ni son el mero resultado de una libre elección individual (Gutiérrez, 2005a, 50). Ello abre la posibilidad de superar la dicotomía que opone lo micro a lo macro, lo subjetivo a lo objetivo.

Por ello, el análisis de las estrategias de los sujetos implica abordar, por un lado, la estructura objetiva en que las mismas se desarrollan. Esto abarca, en primer lugar, la posición de los mismos dentro del espacio social, el cual se define en función de la cantidad y tipo de los capitales (4) que el sujeto, individual o colectivo, dispone. Dado que la perspectiva de Bourdieu es un estructuralismo genético que contempla la dimensión histórica, resulta necesario incorporar a la misma para el análisis de las prácticas. En segundo lugar, pero en estrecha relación con lo anterior, es necesario analizar “el estado de sistema de los instrumentos de reproducción, institucionalizados o no, y de su evolución” (5) (Ibídem, 55). Finalmente, también implica considerar el estado de fuerzas entre clases.

Al mismo tiempo, el análisis de las estrategias de los sujetos requiere recuperar la dimensión simbólica de las prácticas. Los sujetos -otra vez, individuales o colectivos-, construyen a lo largo de su trayectoria social su identidad, las definiciones tanto de sí mismos, de la estructura social como de su lugar en ella y el sentido que en función de esto, adquieren sus prácticas. Es decir, éstas no pueden entenderse sin tener en cuenta el sentido que adquieren en función de identidades, de significados construidos a

lo largo de esa trayectoria. Pero a su vez, esas prácticas tienen incidencia en los sentidos. En otras palabras, las prácticas funcionan como estructurantes de los sentidos que al mismo tiempo redefinen las prácticas.

De los anteriores planteos teóricos se desprende la hipótesis que movilizó esta investigación: postulamos que la identidad que los sujetos construyeron en su trayectoria laboral, habría entrado en contradicción con la base ideológica de la doctrina cooperativista, desde la cual se promueve la autogestión. Esto habría impedido la cohesión y el funcionamiento del grupo bajo esa forma de organización.

Hoja de ruta: estrategias metodológicas para la construcción del objeto

Metodológicamente, centramos la investigación más en un durante -el “espacio intermedio”- que en un antes y un después, pero reconociendo que ese durante adquirió su configuración en función del antes. Así, definimos el objeto no sólo desde una dimensión sincrónica (reconstrucción de los sistema de relaciones en los cuales, en cada momento, los sujetos construyeron las definiciones de sí mismos, de sus prácticas, de su entorno) sino también en forma diacrónica, es decir, recuperando la génesis que nos permitió comprender ese durante y el modo en que los sujetos se proyectan (6).

La reconstrucción del antes nos permitió definir si existieron transformaciones y/o continuidades (Battistini, 2004) en la identidad laboral de este grupo. Para dicha reconstrucción fue necesario dar cuenta de las prácticas y de los sentidos construidos en los procesos de comunicación al interior del anterior espacio de trabajo, entendido éste como un campo de posiciones en el que los sujetos fueron definiendo un “nosotros colectivo” distinto de “otros”.

En el durante estudiamos las prácticas, las estrategias que los sujetos fueron desplegando en el marco de la lucha por conservar su situación dentro del campo social. Con el análisis de estas prácticas y de los modos en los que los sujetos se iban definiendo a sí mismos, buscamos identificar las continuidades y rupturas en la identidad laboral cuando surgió la tensión entre el orden anterior y la nueva realidad, entre la posibilidad de conservar o transformar las categorías para definir la propia situación inmersa en un nuevo orden.

Finalmente, el tercer momento incluyó el análisis de las proyecciones actuales de estos sujetos. Es decir, el modo en que se miraban desde el lugar que ocupaban, para poder ver hacia dónde dirigirse y cómo hacerlo. Para ello nos centramos en las transformaciones y/o continuidades que, durante el proceso de lucha, pudieran haberse producido en el modo en que se definen a sí mismos y a las prácticas relacionadas con esas definiciones. Realizamos la reconstrucción de estos momentos articulando las condiciones objetivas con las redes de interacción en el ámbito laboral y el universo de sentido que desde ellas se fueron definiendo. Ello respondió al modo en que anteriormente definimos la identidad: como una construcción relacional que no puede abordarse sin reconstruir la manera en que, a lo largo del tiempo, entraron en relación los distintos actores al interior del espacio social. Pensamos ese durante desde la imbricación de dos dimensiones: una dimensión objetiva que enmarcó, condicionó y se transformó en este proceso, y una dimensión subjetiva, construida tanto colectivamente como en la trayectoria individual de cada sujeto, que dio forma a la percepción y a la experiencia del fenómeno. De lo anterior se desprende que nuestro abordaje tuvo en cuenta la doble dimensión de las acciones sociales: el sentido objetivo y el sentido vivido de las mismas (7).

Crónicas de un proceso: reconstrucción del análisis del caso

En primer lugar y siguiendo el orden de los objetivos específicos, reconstruimos el marco sociohistórico en el que se inscribió el proceso vivido por este grupo de sujetos. Ello nos permitió entender este proceso particular como inserto en un contexto general vivido por la golpeada clase salarial argentina. La profundización del modelo neoliberal a partir de la década del 90 en nuestro país dio lugar a un proceso de desestructuración no sólo del aparato económico, sino también del entramado social y político. La clase trabajadora se encontraba fragmentada, desmovilizada, distanciada de las estrategias organizativas como actor colectivo, sus reclamos se limitaban a la lucha por los salarios atrasados y despidos. Esta reconstrucción nos permitió comprender el margen de acción que, en un determinado contexto social, tenía este grupo de sujetos para el despliegue de su estrategia.

A continuación analizamos la tensión del “espacio intermedio”, buscando identificar si existieron rupturas y/o continuidades en la identidad laboral de estos sujetos cuando el marco de condiciones objetivas en la que ella se había configurado ya no era el mismo –ello tanto cuando perdieron la fuente de trabajo como cuando se insertaron en un proyecto laboral diferente al de una empresa tradicional-.

Luego de un año y medio de investigación, en la que se articulaba la reflexión teórica con los ingresos a campo, cerramos la reflexión con aquella hipótesis que nos orientó, según la cual la identidad que los sujetos construyeron en su trayectoria laboral (el modo en que se definían a sí mismos en función de su lugar en el campo social y las prácticas que de ello emergían), entró en contradicción con la base ideológica de la doctrina cooperativista, desde la cual se promueve la autogestión. Pudimos afirmar que esto impidió la cohesión y el funcionamiento del grupo bajo esa forma de organización. Pero reconstruyamos brevemente la

historia de este proceso.

En los primeros pasos de Confortable había comenzado a esbozarse un “nosotros” al interior de la cooperativa. Ello estuvo relacionado esencialmente con la incertidumbre que generó en los sujetos la pérdida del trabajo. Frente a esta situación, el uso de la palabra “nosotros” se constituyó en un acto de autoprotección, de defensa contra la confusión y la dislocación. Desde esa comunidad estas personas intentaron reconstruir su propia narración, generando y fortaleciendo vínculos de confianza y reintegrando la voluntad y el comportamiento.

Además, el esbozo de ese “nosotros” fue posible por la convergencia de algunos otros factores como la confianza en los líderes y en el proyecto, así como también el disponer de un espacio de interacción desde el cual se contenían mutuamente y construían de manera colectiva proyecciones que les permitían recuperar la esperanza de un futuro certero. Es decir, comenzó a constituirse en ese primer momento de vida de Confortable un vínculo social basado en una fuerte sensación de dependencia mutua. Tal como ellos mismos lo manifestaban, la pertenencia a ese “nosotros”, el existir por primera vez colectivamente en el marco de un proyecto compartido, significó inicialmente cierta ruptura respecto al pasado, en el cual, si bien tenían en común una identidad laboral, existían y se proyectaban individualmente.

Pero este nuevo vínculo se puso a prueba cuando las cosas comenzaron a salir mal.

Las dificultades que a partir de allí debieron enfrentar no pueden entenderse sin tener en cuenta el contexto político, social, económico y cultural que incidió en esta y otras experiencias similares. A nivel macrosocial, Confortable, como muchas otras cooperativas de trabajo surgidas entre las décadas del 80 y 90, se consolidó como respuesta a las necesidades materiales de sus socios, es decir, se constituyó como una estrategia defensiva, buscando la recuperación de la fuente laboral. En este marco, la demora en la obtención de un crédito para la compra de los colectivos se convirtió en un factor de debilitamiento del “nosotros” que comenzaba a consolidarse. Esta demora, posiblemente vinculada a trabas políticas, tuvo como consecuencia la imposibilidad de concreción de los objetivos que el grupo tenía en torno a ello. Es decir, tal como lo planteamos anteriormente al referirnos a la situación de las cooperativas de trabajo en general, esta organización surgió en un momento de crisis, esencialmente con el propósito de paliar las necesidades de un grupo de sujetos excluidos del mercado laboral. Por esa razón, la demora en la obtención del crédito (condición necesaria para alcanzar dicho objetivo), fue vivida como un fracaso de la cooperativa.

La situación se agravó debido a la agudización de las necesidades materiales y la intensificación de los reclamos por parte de las familias de los socios. Si bien la precariedad de sus condiciones materiales de existencia había incidido, en un primer momento, en la opción de conformar una cooperativa, ahora limitaba el margen de acción de estos sujetos impidiéndoles seguir “en la espera” por la concreción del proyecto Confortable. Recordamos que este colectivo se caracterizaba por el escaso volumen de capital cultural institucionalizado de sus miembros, por la avanzada edad y por poseer la mayor parte de los mismos un solo “juego de cualificaciones” relacionado al saber-hacer colectivo, lo cual les dificultaba desempeñar actividades provisorias rentadas. Esto tiene aún más incidencia si tenemos en cuenta que se trataba de hombres que asumían con fuerte compromiso la obligación de desempeñar el rol de jefes de familia.

Ahora bien, el debilitamiento de la cohesión grupal no puede atribuirse sólo a estas limitaciones de carácter material. Por ello nos centramos también en otro nivel de análisis -indisociable del anterior-, la dimensión subjetiva. Es decir, al interior del grupo, la identidad laboral de los sujetos, que fue un factor determinante al momento de unirse y optar por la autogestión de su fuente de trabajo, se constituyó luego en un obstáculo para su cohesión y funcionamiento bajo esta forma de organización. Es decir, emergió claramente en este proceso la presencia activa de las experiencias pasadas. A pesar de que esta identidad había perdido el punto de asidero cuando se quedaron sin trabajo, muchos de sus rasgos continuaron vigentes. Ello emergía tanto en los discursos como en las prácticas involucradas en la concreción de esta estrategia de recuperación de la fuente laboral. Como lo definimos anteriormente, esa identidad laboral fuerte tenía ciertas características centrales, tales como la asunción de estar ubicados en una posición de subordinación dentro de una estructura laboral verticalista, regida por la “lógica de la jerarquía” (Sennett, 2000), así como también por una trayectoria político-gremial caracterizada por la no participación y el clientelismo. Esto tuvo como correlato fuertes dificultades al momento de llevar adelante un real proceso de autogestión. Tal como lo planteamos, organizarse de esta forma hubiera implicado la toma democrática de decisiones tanto en el control del proceso productivo como en la definición de las políticas. Para ello hubiera sido necesaria la participación activa de todos los socios en las funciones de planificación, dirección y ejecución. Por el contrario, si bien en el discurso se definían como inmersos en un proyecto de autogestión, en la práctica no se hacía efectiva la participación de los socios en las decisiones y gestiones. Se limitaban a brindar apoyo a la Comisión Directiva, la cual tenía a su cargo la “responsabilidad” de concretar el proyecto. De esta manera se estableció entre la Comisión Directiva y el resto de los socios una relación de “representación fiduciaria” (Lattuada y Renold, 2004). Con ello estamos retomando nuevamente los planteos de Vuotto (2000), quien afirma que el exitoso desempeño económico y la posibilidad de una gestión participativa son los dos mayores desafíos que enfrentan las cooperativas de trabajo surgidas en el marco de crisis económicas.

Frente a esta situación, comenzó a desarticularse el vínculo de confianza y a imperar una sospecha permanente respecto a los demás. Ello estuvo relacionado con la manera en que se afrontaron las dificultades. En un momento de conflicto, afirma Sennett (2000), hay que esforzarse más por comunicarse. No hay comunidad hasta que no se reconozcan las diferencias latentes en su seno. También debido a esa trayectoria de verticalismo, delegación, sumisión y clientelismo, el débil “nosotros” que en algún momento había comenzado a delinearse, no tuvo como respaldo la constitución de instancias horizontales de relación entre los sujetos. Sólo desde esos espacios de interlocución se hubieran podido poner en cuestión los sentidos y pautas de interacción aprendidas en los anteriores lugares de trabajo para llevar a cabo un proyecto en el que todos fueran igualmente protagonistas. La ausencia de estos espacios de construcción de nuevos sentidos también impidió la posibilidad de desnaturalizar la lógica del sistema que presionaba para relegarlos a una condición de “inútiles para el mundo”.

En síntesis, el análisis de este caso nos impidió acoplarnos a quienes sostienen las tesis sobre el surgimiento de un nuevo sujeto. A diferencia de otras experiencias del país y el mundo, la estrategia desplegada por este grupo de personas no tuvo como correlato la construcción de “una figura nueva” ya que nunca pudieron tomar distancia crítica respecto a la lógica que engendró el desorden. Es decir, tal como lo planteamos anteriormente, no lograron poner en cuestión las reglas del orden social capitalista que los conminó a un lugar de dominación y despojo dentro del campo social. En la historia de Confortable vimos cómo se amordazaron posibilidades de diálogo reflexivo y se cerraron espacios de construcción común de sentidos, por lo que no fue posible un nuevo horizonte común.

Notas

- (1) Otras influencias teóricas sobre esta matriz de pensamiento fueron, por ejemplo, Antonio Gramsci, Pierre Bourdieu, Michel Foucault, Michel de Certeau.
- (2) A los fines de este trabajo, analizamos las prácticas relacionadas con el espacio laboral.
- (3) Bourdieu (1991) define la dimensión simbólica como el sentido vivido, como el modo de percibir, de evaluar, de sentir las relaciones, las prácticas.
- (4) Bourdieu define al capital como aquel conjunto de bienes acumulados que se producen, se distribuyen, se consumen, se invierten, se pierden (Gutiérrez, 2005b, p. 34).
- (5) Por ejemplo, cuál es el rol del Estado, qué otros agentes articulan sus prácticas con las prácticas del grupo, etc.
- (6) Tal como afirma Bourdieu, “el espacio social y los grupos que en él se distribuyen, son el producto de luchas históricas (en las cuales los agentes se comprometen en función de su posición en el espacio social y de las estructuras mentales a través de las cuales aprehenden ese espacio)” (Bourdieu, 1987b, p. 26; en Gutiérrez, 2005b, 23).
- (7) Las estructuras sociales existen dos veces: lo social está conformado por relaciones objetivas independientes de los agentes, pero además los individuos tienen un conocimiento práctico de esas relaciones (una manera de percibir las, evaluarlas, sentirlas, vivirlas) e invierten ese conocimiento práctico en sus actividades ordinarias. Por ello para Bourdieu se impone al científico social una doble lectura de su objeto de estudio: objetiva y subjetiva, las cuales deben ser entendidas dialécticamente para explicar y comprender las acciones sociales (Gutiérrez, 2003).

Bibliografía

- BATTISTINI, Osvaldo. “Las interacciones complejas entre el trabajo, la identidad y la acción colectiva”, en BATTISTINI, Osvaldo (comp.), *El trabajo frente al espejo*, Buenos Aires, Prometeo, 2004.
- BOURDIEU, Pierre. “Espacio social y génesis de las clases”, en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990.
- BOURDIEU, Pierre. *El sentido práctico*, Madrid, Taurus Humanidades, 1991.
- CALETTI, Sergio. “Siete tesis sobre comunicación y política”, en *Revista Diálogos de la Comunicación*, Nº 63, diciembre de 2001.
- GRIMSON, Alejandro. *Interculturalidad y comunicación*, Buenos Aires, Editorial Norma, 2000.
- GUTIERREZ, Alicia B. *Pobre, como siempre... Estrategias de reproducción social en la pobreza*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2005a.
- GUTIERREZ, Alicia B. *Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2005b.
- GUTIERREZ, Alicia B. “La Construcción Social de la Pobreza. Un análisis desde las categorías de Pierre Bourdieu”. En *Anduli: Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, Departamento de Sociología, Universidad de Sevilla, Nº 2, 2003.
- LATTUADA, Mario; RENOLD, Juan Mauricio. *El cooperativismo agrario ante la globalización*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- MEDA, Dominique. *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- REGUILLO CRUZ, Rossana. *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*, México, Editorial Pandora, 1996.
- SCHMUCLER, Héctor. “La investigación (1982): un proyecto de comunicación / cultura”, en *Memoria de la comunicación*, Buenos Aires, Biblos, 1997.
- SENNETT, Richard. *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- WILLIAMS, Raymond. *Cultura: sociología de la comunicación y del arte*, Barcelona, Paidós, 1982.

Artículos de Internet

VUOTTO, Mirta. "El desempeño organizacional del cooperativismo de trabajo", en Nuevos documentos CEDES, www.cedes.org, 2000.